

# QUERIDA ABUELA

Por M<sup>ª</sup> Ángeles Bustamante Ruano, tu nieta





SOMOS PARTE DE TI

*A mi madre, ayer, hoy y siempre*

Autora: M<sup>a</sup> Ángeles Bustamante Ruano

Ilustraciones: Julieta xlf

Diseño y maquetación: Estudio Gráfico Quinto A

Impresión: Gráficas Vernetta

Depósito legal: V-2718-2013



## QUERIDA ABUELA:

Si esta carta me la escribieses tú a mí, en vez de yo a ti, empezaría con esa maravillosa frase tuya, que tantas veces he leído: **Estas letras son para...** Palabras simples que eran la antesala de otras maravillosas. Inundadas de amor y, por qué no, a veces de añoranza y anhelo.

Palabras bellas empleadas por ti desde que eras una niña-joven que tuvo la suerte de poder estudiar hasta los 17 años. ¡Gran suerte!, que siempre me has recordado insistentemente. Todo ello con la intención de que estudiara, de que leyera y amase los libros. Como los has amado tú toda tu vida.

**Estas letras son para** decirte muchas cosas. Algunas te las he dicho. Otras, en cambio, las sabes de igual manera.

Hace un mes más o menos empezaste a enfermar. A hacerte pequeña, tan pequeña, que a veces siento que te deslizas entre mis dedos como arena. Como la Pulgarcita del cuento que me contabas cuando era niña. Una Pulgarcita que tú cambiaste para que fuera como yo. Y viviese todo tipo de aventuras. En muchas ocasiones, alejadas de la propia historia inicial. Simplemente, por el puro placer de divertirnos. Y cambiar, al menos algunas cosas que se pueden cambiar. No como otras, imposibles de cambiar, por más que una quiera.

¿Te acuerdas abuela cuando nací?. Sé que sí, porque millones de veces me has contado como salí en brazos de una enfermera, mordiéndome desesperadamente mi pequeño puño y con mucho pelo, cosa que a ti y al abuelo os fascinó sobremanera. Yo me reía mucho cuando me contabas que casi se me podían hacer trenzas y mi imaginación infantil volaba, viéndome como una minirockera. ¡Ah, por cierto, en breve tiempo viví mi primer rapado! Otras veces me contabas como el ojo entendido de pastor del abuelo me observaba y me sopesaba diciéndote “va a ser una buena moza,” “mira que piernas,” “está muy espabilada”.


UN PUEBLO  
TAN  
PEQUEÑO  
COMO  
YO



Después ocurrió que hube de irme a vivir contigo al pueblo, a Campaspero, Valladolid, siendo muy pequeña todavía, ya que mi madre y mi padre fueron los típicos emigrantes internos de la época, muy jóvenes, trabajando de sol a sol, la gran mayoría de las veces sin asegurar y, para más INRI, en la hostelería.

Mi madre y mi padre inicialmente se conocieron en la Costa Brava; pero pronto se trasladaron a Barcelona. Ciudad bella donde las haya, pero en aquellos años muy convulsa. Como no tenían un clavel, por no decir un puñetero duro, empezaron a vivir en el Barrio Gótico. Un barrio muy espectacular hoy, pero en aquel momento era de los lugares más deprimidos, donde se iba andando dando fuertes pisotones para espantar las ratas que salían a saludarte por la noche. Horas nocturnas *indecentes* a las que llegaban mi madre y mi padre de trabajar. A veces con mucho miedo de que les robasen lo poco que habían ganado después de un día, de una semana de explotación. Comúnmente se les pagaba en efectivo. Mi padre me ha contado, que solían llevar los escasos billetes ganados a modo de plantilla en los zapatos y un poco fuera, para de este modo, si les robaban, fuera una suma escasa. Años después me contaron una historia parecida en un viaje a Nueva York. Allí le llamaban el impuesto del ladrón o algo parecido.

Mi madre, además, era una muy mujer joven, que se había quedado embarazada de mí con 18 años. Cuando yo nací, mi madre tenía una semana 19 años. Eran los años 70. Y aunque muchas cosas estaban cambiando, otras muchas perduraban. Entre ellas la práctica de insultar, criticar y, en muchos casos, hasta acosar a las mujeres que se habían quedado embarazadas solteras. De hecho, años después, en mi adolescencia, hice un viaje a Barcelona, a casa de unas amistades de mi madre y mi padre. Me contaron momentos de aquella época muy duros. Este matrimonio les ayudó como si fueran de su propia familia. Lo hicieron desde un principio, la bondad. Les acogieron en su casa, les buscaron un piso de alquiler, trabajo y muchas cosas más. Mientras tanto, mi abuela y mi abuelo viajaban a Barcelona para unirse a su hija. Acudir a su boda. Ayudarla. Y, sobre todo, para decirle lo importante que era. Y que nunca en la vida



estaría sola. Otras muchas jóvenes no tuvieron esa misma suerte. Eran cruelmente abandonadas por su familia y amistades. Juzgadas por parte de la sociedad, y no era poca. Esa decadente parte de la especie humana que siempre se cree por encima de alguien por algún estúpido código moral. De la ética, ya ni hablamos.

Esta historia la sé desde pequeña. Me la contó mi madre, también tú, abuela, con normalidad, sin juicios de valor, peor dicho, de desvalor. Yo siempre he sido muy buena conversadora. ¿Suena bien, eh? En realidad, cuantas veces me han llamado loro y otras lindeces por el estilo. A mí me ha dado absolutamente igual. Y aunque había personas que me corregían, “no cuentes eso”, “es algo muy feo”, a mí siempre me importó un pepino y seguí contándolo. Ciertamente, esas caras de pasmo, esas voces susurrantes me daban más ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Es lo que tiene. Pues sí, mi madre se había quedado embarazada de mí soltera, ¿tienes algún problema? Pues *Ajoyagua*.

Bueno, como te decía antes, me fui al pueblo a vivir contigo, el abuelo y en ocasiones con alguno de los tíos. Un pueblo pequeño como yo. Las primeras imágenes del pueblo en mi cabeza son de campos amarillos refulgentes y bellas amapolas rojas. Hube de irme porque nació mi hermano. Y eso que hoy se llama conciliación de la vida laboral y familiar era absolutamente impensable. Y camino va en la actualidad de ser exterminado.


La primera vez que vi a mi hermano mediano, Juan Pedro, fue en foto. Llevaba un *pichi* rojo y unos peucos blancos. Yo, que tenía muchas referencias de animales (mi abuelo era pastor), a primera vista me pareció un pato. Y andaba contándole a quien quisiera escucharme, que tenía un hermano. Y que además, era un pato. Historia ésta que no recuerdo, me la has contado tú muchas veces. En cambio, la foto permanece fija en mi memoria. Curiosidades del cerebro. Poco tiempo después vino mi hermano junto a mi madre a visitarnos. Y, entonces, descubrí que mi hermano no era un pato, pero que había un botón en un transformador que encendía y apagaba la tele.



Pasé unos años contigo. Fueron bellos años. A veces íbamos a Barcelona para visitar a mi madre, mi padre y, cuando llegó la hora, a mi hermano también. Y nuestra calle barcelonesa era tan pequeña que le podías dar la mano al vecino de enfrente. Vecino, que por cierto, era muy mayor y llevaba boina como mi abuelo. Y siempre andaba haciéndome hablar, aunque como ya he dicho, esto no era muy difícil.

Los recuerdos de mi primera infancia están muchas veces envueltos en una neblina. Y otras veces son claros como el agua del deshielo. Recuerdo las patatas viudas. Me encantaban. También recuerdo el corral. Lugar de andanzas y muchas trastadas. Como aquel día que habías lavado a mano las sábanas, no teníamos agua corriente todavía. Las habías tendido al sol para que se secan, con ese blanco impoluto cegador. Y allí que llegue yo. E igual que te había visto tender, se ve que decidí que iba a destenderlas. Fue un segundo. El tiempo suficiente para arrastrarlas por el suelo y ponerlas de un marrón intenso. Cuando saliste y viste el estropicio que había armado, me cayó una bronca de campeonato. Fue de tal envergadura, que la cabeza de la vecina asomó para preguntarte: “¿qué son esas voces?”, a lo que tú respondiste enseñándole las sábanas. Y riéndote un poco por lo bajo para que yo no te viera. Pero te vi. “Trasto de niña”.

Otras de esas historias que has contado millones de veces. Y que siempre han hecho que nos sonriamos el resto de la familia. Porque tú las contabas con el mismo entusiasmo del momento en el que pasaron. Esa la de cuando me perdí. Fue otro segundo, pero suficiente para abrir la portalada, que tenía una llave más grande que yo, e irme de aventuras por el pueblo a lo Pippi. Tú me buscabas desesperada, imaginando que se me había llevado alguien. Que me habían subido en un coche. Y, de repente, splash, aparecí tan tranquila. Contándote que venía de ver matar a la mula. En realidad, se trataba de una ternera. Y creo, vamos, estoy totalmente convencida, que desde entonces tengo pavor al sufrimiento de cualquier tipo. Sea propio o ajeno. En cualquier circunstancia o situación. De hecho, buena parte de mi vida la he dedicado a intentar erradicarlo. Odio esa manida frase de que la vida es un camino de



lágrimas. Y mientras tenga un ápice de fuerzas, haré lo posible porque no sea así. Uh, cuantos pensamientos y sentimientos agolpados dentro de mí. Ando perdiendo el hilo.

Otra de esas historias que siempre me encantó que me contaras, más que nada porque una ya despuntaba maneras, es la de las zapatillas. Resulta que aquí tu nieta tenía unos tres años más o menos. Me habíais inculcado la gracia, que cuando llegase el abuelo del trabajo, yo le acercase las zapatillas. Todo ello duró unas semanas. Hasta que un día, con los brazos en jarras y toda retaca os dije claramente: “ya está, me he cansado, ahora vas tú a por ellas”. La sorpresa inicial, dio paso a un par de sonoras carcajadas, tuya y del abuelo. “Tremenda la niña”, os dijisteis una al otro, mirándoos con lágrimas en los ojos de alegría. Bueno, tu abuela siempre fuiste así. Tus nietas y nietos fuimos siempre lo más, de lo más ;).

8

Ahora soy consciente de por qué me encantaba (y me encanta) Pippi de pequeña. Y es que en cierta medida, los años que pasé en el pueblo fueron un cúmulo de aventuras y trastadas, que sin lugar a dudas, marcaron mi carácter. Paredes de sílex, balas de paja de trigo, cielos estrellados, eras sin fin, nieve, sol, mucho sol. Juegos en la puerta de la casa, en la calle, mientras con tus vecinas compartías confidencias, algún remiendo y ellas algo de punto o ganchillo. A ti jamás te gustó ni el uno ni el otro. A mí tampoco. Nunca tuve la paciencia necesaria para ellos.

Cuando una vive de pequeña en un pueblo. Y con personas maravillosas como tú y el abuelo, aprende el valor de la humildad, de lo sencillo, del devenir diario, tranquilo, casi arrullador. Es una sensación un poco difícil de describir, pero todavía hoy, hoy más que nunca, la evoco junto a tu cama en el hospital, en este tu segundo ingreso en pocas semanas. Te miro y pienso. “He aquí mi abuela, una mujer que sabe vivir. Y también está sabiendo morir” ¡Que dolor abue!a!, pero te respeto profundamente. Sé que lo has decidido así. Y en tu vida no ha habido nada que no te propusieses y no consigueses. Ayer tuve una bellísima conversación con mi prima Rebeca, otra de tus nietas, abuela. Fue una conversación que necesitaba. Mari, o mejor dicho La Mari, es como me conoce mi familia y amistades más cercanas; me dijo:

- Mari, hemos de ser fuertes. No podemos ser egoístas. Hemos de dejarla ir.


Y yo que tantas veces he hablado con mi prima de lo divino y de lo humano, aunque muchísimo más de lo humano, sentí un relámpago existencial recorriendo todo mi cuerpo:

- Es verdad Rebe. Tienes razón. Hay que respetar su elección.

Y llegó un día, hace muchos años, en que mi madre y mi padre pudieron dar una pequeña entrada de un pequeño piso, en un barrio obrero de Valencia. Mi madre me vino a buscar al pueblo. Recuerdo el autocar. Y a la abuela diciéndome adiós desde la plaza. Pobre abuela. Me oías por la casa, me veías, aunque sabías que ya estaba en Valencia. Pobre abuela, no sabías que en breve ibas a cambiar tu pequeño pueblo por otro, Moncada, en Valencia.

De repente, un día se recibió una llamada en mi casa. No fue una llamada cualquiera. Fue la llamada durante casi tres años más. El abuelo había sido diagnosticado de cáncer. Te lo comunicaron a bocajarro, en un hospital de Valladolid. "Su marido tiene un cancerazo descomunal, no va a salir de esta". Se decidió por ti, mi madre y los tíos que os trasladaseis a Valencia. A la conocida como vieja Fe en la actualidad. Hospital con grandes referencias en cuanto a esta maldita enfermedad. Y de repente, aquí estabais otra vez. Tú me preguntabas si me acordaba de vosotros. Y yo, a mis cinco años, decía que no con una media sonrisa.

Durante tres años, que fue el tiempo que el abuelo padeció y luchó contra esta enfermedad, nunca te separaste de su lado. Ni en el hospital, ni en casa en sus últimos meses de vida. Para mí y mi hermano, era normal que el abuelo estuviese enfermo y tú le cuidases. Para ti, era normal que fuéramos y nos quedásemos en tu casa. En realidad, para tus nietas y nietos nunca tu casa, fue una casa al uso. Era el lugar mágico donde jugábamos, donde con un mantel un día íbamos en barco, otro en tren, otro en coche y hasta en avión. Donde a la mañana siguiente ese mantel se convertía en un fuerte, en una tipi india, en un castillo o en nuestra



casa del árbol ubicada en el comedor de tu casa. Era también un lugar de dibujo y escritura, porque tú luego lo colgabas todo por la casa, aunque fuera un tremendo rallajo. Para ti era nuestro rallajo. Y por tanto, digno de ser expuesto en el mejor museo del mundo. Tu casa.

Abuela siempre fuiste sensacional, hasta en los peores momentos vividos por ti. Recuerdo cómo te decía el cura del pueblo, que vivía en el piso de debajo del vuestro, que a veces se sentaba a escuchar la conversación que mantenías con el abuelo. Cómo desdramatizabas. Cómo os reíais. Como te encargabas de darle de comer lo que quisiese, aunque luego lo vomitase todo. Cómo en una ocasión compraste perdices en lata y te entretuviste en hacerles agujeros. El abuelo ya se había quedado ciego. Y cuando las tocaba te decía. “Ves, se nota que son de caza. Aquí se nota el perdigón”. Durante ese tiempo me regalaste un anorak rojo, tan rojo, que me decían en párvulos Caperucita Roja. A mi me encantaba. Y no sólo le parecía que me quedaba bien a mi abuelo que ya no me podía ver, si no que a mí también me parecía que estaba muy guapa con él.

Y llegó el aciago día en que el abuelo murió en la casa. A mi me enviasteis con la vecina de arriba, a jugar con sus dos hijos. Eran de una edad similar a la mía. Allí fue donde me enteré que mi abuelo había muerto, ya que en Moncada se pregonaban los entierros. Mis amigos me decían, “ves, es verdad, ha muerto”. Cuando finalmente pude volver contigo y mi madre, llevábamos meses viviendo allí porque el desenlace era inminente, os dije: “ya sabía yo que estaba pasando algo malo”. Ambas me mirásteis y aguantásteis las lágrimas. Un esfuerzo hercúleo, que además se alargó durante casi un año porque tras la muerte de mi abuelo, vino la muerte de mi otro abuelo y la muerte de mi profesora de segundo de EGB de un infarto. Demasiadas muertes, demasiado pequeña, demasiadas preguntas a una y a la otra. La verdad, sé que fui un amargor, me lo confesásteis muchos años después. Porque cómo explicar algo así a una niña de siete años, cuando una misma no lo comprende.

Algo que siempre me has dicho, que nos has dicho a todos tus nietos y nietas es que “te salvamos de la desesperación y el dolor que te causó la muerte de tu marido”. Nos quedábamos

contigo algún fin de semana, parte de vacaciones, venías tú a nuestras casas. A mí me encantaba. Ahora sentada junto a ti en el sofá de casa de mi madre, me sigue encantando, y hago todo tipo de tontadas para que al menos sonrías. Una vez sólo lo he conseguido imitando a la rana Gustavo. De repente, hicimos un viaje en el tiempo juntas. Estábamos en el comedor, en Moncada. Y tú te habías quitado la dentadura postiza a la misma vez que empezaba Barrio Sesamo. Y te pusiste a tararear la melodía. Creo que todavía nos duele la barriga de todo lo que nos pudimos reír. De hecho, en más de una ocasión insistimos e insistimos hasta que lo volvías a hacer. Y de nuevo risas, risas y más risas. Hoy ya sólo te hace sonreír tu biznieta Blanca. Al rato se me acerca y me dice “tía Mari, he conseguido que la abuela sonría” y yo sonrío también. Ambas sonreímos.

Cuando íbamos a Moncada nos vigilabas desde el balcón mientras jugábamos en el mercado viejo. Ese lugar, que junto a tu casa siempre fue mágico. No sólo por lo bien que nos lo pasábamos mis hermanos, mis primos y primas, mis amistades y yo jugando en él. Y porqué no, con él. Si no, sobre todo, porque era nuestro lugar. Esos lugares propios que una imaginó leyendo los Cinco, a Verne, a Tolkien, a Lindgren, ... tantos y tantos libros que nos comprabas en la librería-papelería que había justo debajo de tu piso. Me encanta el olor de las librerías-papelerías. El olor a madera mezclado con papel. El olor del inicio de curso, del inicio de un nuevo libro, del inicio de un nuevo dibujo, ... del inicio de otra aventura. Recuerdo una buena que formamos unos minutos que te distrajiste. Nos pintamos la cara con esas ceras pequeñas, regordetas, que ahora no recuerdo como se llaman, pero mi cara sí recordó durante días, porque no había manera de que se borrasen del todo. A ti te hizo mucha gracia. Nos reímos un montón, pero a dos de mis amigas de la cuadrilla, como decías tú, les cayó un castigo de varios días de privación y disfrute del mercado viejo. Ello era un gran drama.

Cuántos juegos, cuántos momentos de diversión, con elementos muy básicos: la goma, la cuerda, ... nuestra imaginación a raudales. Ahora que te veo apagarte poco a poco. Soy más consciente que nunca de lo que hemos disfrutado juntas, de lo que te hemos disfrutado toda

la familia. Ante ti me niego a llorar y pongo la sonrisa petrificada continua. Por dentro, siento una inundación que temo se me escape por las orejas, pero por fuera solo soy sonrisa. Quiero que siempre me recuerdes sonriendo. No cayéndome, ni llorando por aquí y por allá. Que le pregunten a mis pobres rodillas llenas de cicatrices. Dolieron; pero en realidad cada una de ellas acabó siendo un buen recuerdo porque me abrazaste tú, mi madre o cualquiera de la familia a quien le tocara en ese momento en prenda el trastazo de marras.

Te abrazo continuamente, todos los días, quizás en mi fuero interno siento que si lo hago seguirás siendo real por siempre jamás. Tú te dejas abrazar suavemente, porque estás muy delicada. No protestas, sé que te gusta. Yo no tengo palabras para describir lo que siento en esos momentos. Te huelo, quiero que no se me olvide tu olor. Te apoyas en mí. Estás exhausta, cansada, ya lo tienes decidido, quieres “irte con el Señor” como tú dices. Yo te vuelvo abrazar y no digo nada, no puedo, pero cuando acerco mi cara a la tuya, me susurras en el oído, muy bajito, que “va llegando tu hora”, “que me quieres”, “que ya has vivido todo lo que tenías que vivir, sobre todo, con tus nietas y nietos.” Yo te acaricio la cara, me separo lentamente de ti, te sonrío y sólo afirmo. Sé que te estás despidiendo de mí. Al salir del comedor lloro y lloro. Y vuelvo a llorar.

Cuando llegaste a Valencia, llegaste por una gran desgracia, pero pronto te enamoraste de esta tierra. Sobre todo, de sus fiestas: Las Fallas. Siempre te parecieron magníficas, impresionantes, bellas y divertidas. Todos los años de nuestra vida, desde que llegaste, me llevaste a verlas, a la ofrenda, las mascletás, los castillos, la cremà, ...todo. Luego conforme fui creciendo y tú envejeciendo era yo la que te llevaba a verlo todo. Era sagrado, un día de Fallas era sólo nuestro, de nadie más. De hecho hasta hace unos ocho años este ritual permaneció imperturbable. Luego, como íbas teniendo menos fuerza lo cambiamos por ver las del barrio y posteriormente por verlas en la tele. Hasta estas últimas Fallas, que han sido las más tristes del mundo para mí. Me he esforzado abuela. Me he esforzado mucho por no llorar, pero no he podido evitarlo.

Recuerdo ahora también como te negaste a admitir que tu nieta mayor, la primera, yo tenía cáncer con treinta y cinco años. Me veías calva, pelona ya por segunda vez en mi vida. Me veías más delgada. Me veías más débil, pero aún así, no lo quisiste ver. Y yo lo entendía, demasiado dolor. Abuela no te preocupes, ya sabes que me curé, que ayudé a quienes pude a asumir el cáncer, que te he sobrevivido. Y sé que esto te ha hecho muy feliz.

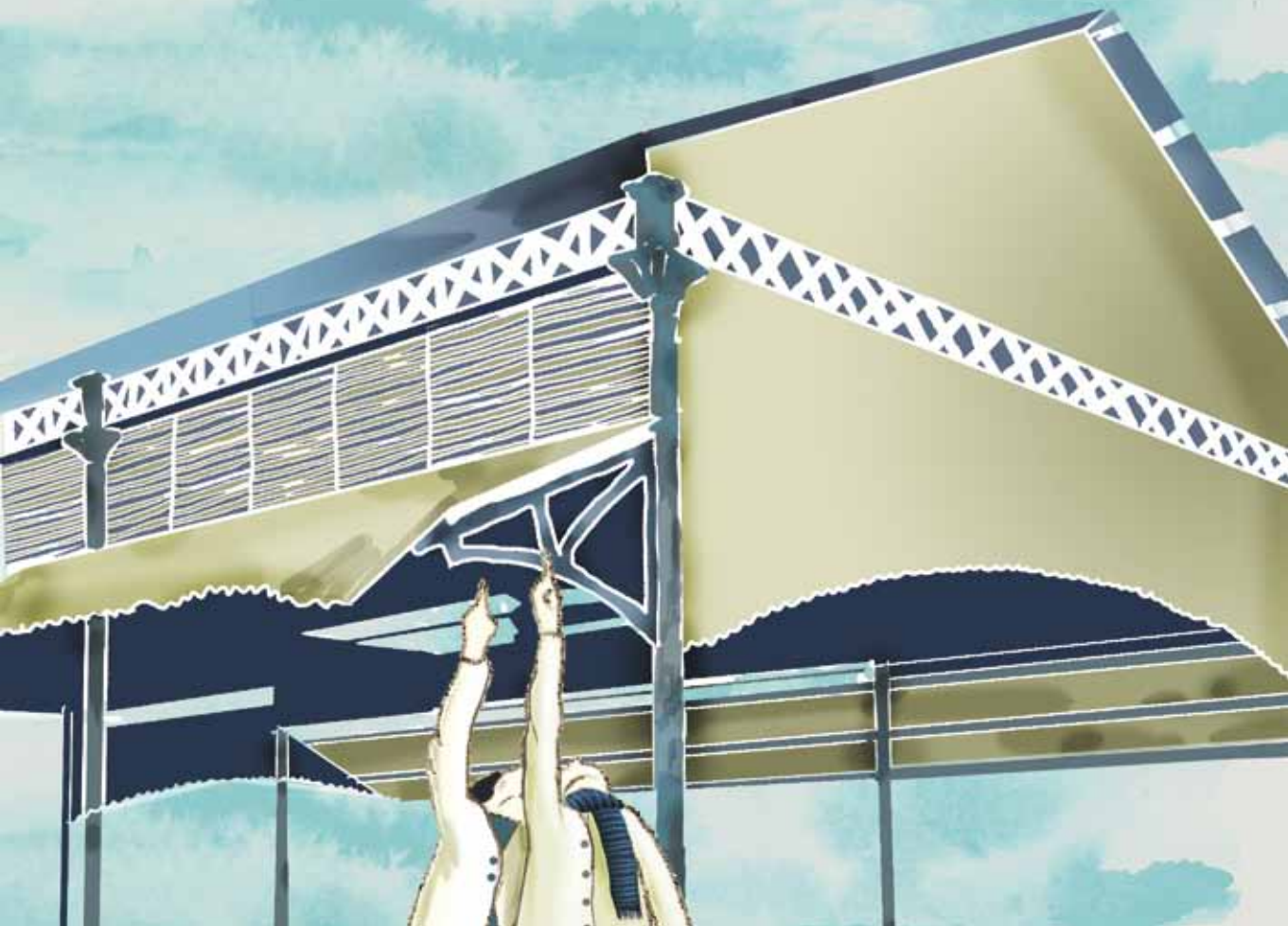
Otra vez en el hospital, el tercer ingreso en unos dos meses. Aunque esta vez ya es la definitiva. Lo sé. Tú también y estás en paz contigo misma, con quienes te rodeamos y con el mundo entero. Son las 7 de la mañana del ocho de marzo cuando nos llaman para decirnos que estás muy mal. Nos vestimos a toda velocidad, llegamos al hospital, a tu habitación, te beso, te abrazo, te quiero,...Efectivamente estás muy mal, pero has decidido pasar este día conmigo, lo has cambiado por el día de Fallas, al cual no llegarás. Me miras fijamente con esos ojos de color claro, pero muy vidriosos. Y dices muy bajo, muy bajo, ya casi no puedes hablar, "Mari". Yo te sonrío y te contesto "hola abueli gordi". Me siento a tu lado, quito la barra de la cama y paso todo el día con tu mano en la mía. Para mí me digo continuamente "abuela vuela, vuela muy alto". Te vuelvo a abrazar y te susurro al oído que "te quiero mucho". Y tú, para mi sorpresa, me respondes, "aaaaaaa aaaaa aaaaa". Te pongo un beso en la boca con mi mano y tú mueves levemente la boca para devolvérmelo. Nos estamos despidiendo para siempre. Lo sé.

Hoy es sábado día 9 de marzo. Es muy pronto. Suena el teléfono y corremos hacia el hospital. Cuando entro en la habitación hace cinco o diez minutos que has muerto. Te has esperado a que llegase "tu hija amada" como le decías, mi madre. Y en minutos has volado lejos, muy lejos. Te abrazo, lloro, lloro y lloro sobre tu pecho aún caliente. Abuela te quiero.





¡VUELA ABUELA  
VUELA ALTO!



## HOMENAJE DE TUS NIETOS Y NIETAS

Querida abuela, pese a los muchos avatares que has vivido, naciste en 1920. Quienes conocemos la Historia de España sabemos que quiero decir. Siempre fuiste una gran mujer, una mujer referente, una mujer dura, nunca te sentiste superviviente. Siempre supiste disfrutar de la vida, aun cuando no tenías casi nada, sólo para comer. Aun cuando pasabas el domingo en casa asando castañas para que tus hijos e hija pudieran ir al cine.

Siempre fuiste humilde y muy consciente de lo que es la pobreza. Por ello compartías tu comida, con quienes tenían menos que tú; porque no tenían ni comida.

Siempre decías que “cuando mejor estabas y estábamos tu marido murió”; pero a continuación tu mirada perdida volvía de algún lejano lugar e ideabas alguna bien gorda con tus nietos y nietas, y hasta con tú biznieta.

Abuela te queremos. Somos parte de ti. Eres parte nuestra para siempre. Parte de lo que soy, de lo que somos, te lo debemos a ti.

Te hemos hecho caso en todo, menos en lo de llorar, sé que nos entiendes. Nos hemos reunido todos los primos y primas los dos días de tanatorio. Por una extraña razón no se entierra los domingos en Moncada. Y hemos recordado todos nuestros buenos recuerdos contigo. Todas las trastadas que te hicimos. Todas las veces que nos tapaste ante nuestras madres y padres. Toda la alegría de vivir que siempre tuviste y que compartiste. Abuela viviste dignamente, has muerto dignamente también. Siempre en nuestros corazones, que son el tuyo.

